

BARNÉS Y CÁRDENAS: LA DISPUTA POR LA UNAM

GUILLERMO SHERIDAN

La UNAM vive un momento interesante: el inminente enfrentamiento entre el doctor Barnés, que quiere reformar a la UNAM, y el ingeniero Cárdenas, que quiere reformarlo todo menos a la UNAM.

Las primeras reformas del rector: la Universidad se deslinda de las "prepas populares" y concluye una mascarada de chantajes que se prolongó durante lustros; se toman medidas para acabar —otra vez— con los fósiles y su disponibilidad para el caos patrocinado; se arrasa con la mediocridad institucionalizada que ampara el "pase automático". Detrás de estos tres hechos se puede leer una sola intención: impedir que circunstancias de utilidad política fugaz para algunos, se perpetúen en reglamentos académicos para todos.

Las propuestas del rector son insuficientes, pero prometedoras. El *pase automático* fue una enorme tontería que averió durante años la eficiencia de la UNAM; si el *pase reglamentado* no es enorme, no deja de ser una tontería, pues como el otro, condiciona a lo burocrático lo que debería ser sólo académico. (El graduado con 7 de la prepa de la UNAM podrá ocupar el sitio que se le negará al graduado con 10 de una prepa "ajena" a la UNAM. Decir que el graduado de la prepa de la UNAM tiene *prioridad* es insostenible: toda prepa del D.F. está incorporada a la UNAM; si el sello de la UNAM está en sus certificados de estudios, todos los bachilleres deben ser iguales en el proceso de selección y disputarse en un plano de igualdad el honor de merecer el patrocinio del pueblo, sin ningún tipo de distingido.)

El rector denunció por lo pronto el clasismo políticamente correcto que propone que la UNAM debe por principio preferir al mediocre de bajos recursos, por el simple hecho de serlo, sobre el listo de clase media o alta:

De ninguna manera podemos aceptar el falso supuesto de que por destino o genética los menos favorecidos están condenados a ser estudiantes de segunda o profesionistas de tercera. Repetir constantemente que los estudiantes con desventajas económicas y sociales son víctimas impotentes predestinadas al fracaso escolar, no sólo es un jui-

cio falso y tendencioso, sino también una condena que les roba su autoestima, aniquila sus esperanzas y asesina su futuro.

Pero entonces ¿por qué éste énfasis ante las causales de tipo social no se contagia, con mucho mayor razón, a las de tipo burocrático? El rector dijo que los estudiantes que ingresan a la UNAM deben ser "entusiastas, enérgicos e inteligentes", más allá de la clase social que padezcan o de la que se vanaglorien. Es su manera de decir que la UNAM es pública, pero no *popular*.

En *Misión de la universidad*, Ortega y Gasset señaló que

la tarea de hacer porosa la Universidad al obrero es en mínima parte cuestión de la Universidad y es casi totalmente cuestión del Estado. Sólo una gran reforma de éste hará efectiva aquella.*

Alegando que el estado no funciona, se ha impedido desde hace décadas que funcione la universidad y se le ha hecho a ella pagar las culpas del estado. Esto no ha mejorado al estado, pero sí ha echado a perder a la Universidad (con el agravante de que una universidad eficiente puede colaborar, creando inteligencia, a reformar al estado). Ortega agregaba que "si un pueblo es políticamente vil, es vano esperar nada de la escuela más perfecta", pero al mismo tiempo reconoce que la universidad es una de las alternativas para abatir esa vileza. En México es el estado el que desdiseña a la universidad y el que puede instrumentar ese desdén en sus políticas educativas. Su éxito es evidente. En esta tarea ha tenido muchas veces como aliados a políticos viles para quienes la UNAM no debe ser buena o mejor, sino útil: la proveedora de una utilidad estratégica que están dispuestos a capitalizar aún si ello supone hacerla tan ineficiente como el estado. Exigirle más cupo, más tolerancia con los mediocres, más clasismo de buena conciencia, más pases automáticos y más fó-

* Madrid, Revista de Occidente, 1930, p. 50.

siles, es exigirle más vileza, menos eficiencia y menos responsabilidad frente al pueblo que la subvención.

Quizá el rector limitó el alcance de sus propuestas en la idea de que las reformas tienen que avanzar con tiento, sujetas al margen de maniobrabilidad que permiten las actuales circunstancias políticas. Quizá calculó que el activismo militante estaría atareado con la campaña de Cárdenas. Si este fue el caso, no será difícil imaginar las presiones en contra que se desatarán a partir del 7 de julio, o antes. Ningún político apoya reformas contra una entidad que le da 200 000 votos, y menos aún si con los votos se le entrega una probada y enorme base de movilización social. No deja de ser paradójico que el rector, a quien lo único que le interesa es la eficiencia de la UNAM, ya esté considerado un enemigo de la "clase estudiantil"; ni que Cárdenas, a quien lo único que le interesa es la utilidad de la UNAM, esté considerado su adalid.

La coincidencia de un rector decidido a tener una universidad mejor, y un jefe de gobierno que la prefiere útil, será conflictiva. El rector Barnés parece tener la voluntad para poner en práctica las muchas recomendaciones que, desde los tiempos del doctor Chávez, la crítica universitaria ha propuesto en cualquier cantidad de diagnósticos, estudios y análisis. Ya en otras ocasiones, el estado las ha cancelado ante el muy peculiar tipo de explosividad de la que la UNAM es capaz, con la contundente razón que dice que *no es el momento*. Esto ha llevado a la UNAM a vivir la paradoja de que buena parte de su historia esté hecha de la acumulación de esos momentos que *no eran* por razones que nunca fueron académicas, aunque sí lo fueron sus consecuencias. La llegada de Cárdenas a la jefatura de gobierno augura que una vez más, *no va a ser el momento*, y demostrará que a la hora de desdenar universidades, él mismo no está muy lejos del PRI, su propia *alma mater*.

La UNAM será respetable en la medida en que sea coherente. Un aspecto interesante del discurso del rector fue su llamado a "combatir la cultura de la impunidad, que es una de las cosas que más lastiman el *ethos* universitario". ¿A qué impunidad se refiere? Por lo pronto parece tener en mente sólo la de aquellos que utilizan la universidad para sus fines particulares. Pero la energía del rector, para legitimarse moralmente, no deberá olvidar las impunidades internas que propician que se trueque su eficiencia académica por su utilidad política. Cada vez que no fue el momento, surgieron agrupaciones sindicales y estudiantiles para las que sí lo fue, que hicieron de la

UNAM un río revuelto en el que pescan en él a sus anchas, debilitando más todavía a la UNAM con su insistencia en hacerla un remedo "popular" del estado. Para administrar a cientos de miles de estudiantes, tuvo que crear una burocracia onerosa. Para administrar a un sindicato "libre" de 25 000 miembros —que hace el trabajo que podría hacer la quinta parte— y para defenderse de sus reivindicaciones laborales, acabó por crear un sector legal capaz de administrar a Centroamérica. Para "cerrar filas" ante todos estos acosos, tuvo que propiciar una administración académica hecha de lealtades, intereses y corruptelas organizadas en mafias ilustradas que se fortalecen y se perpetúan a su sombra; la impunidad de directores que convierten las instituciones que se les encomiendan en el coto privado de sus ambiciones; la impunidad de académicos cuyo comportamiento académico general en poco se diferencia del de los "fósiles", la impunidad con la que el aparato burocrático se expande y sangra los escasos recursos, la de proyectos que tuvieron razón de ser hace décadas y hoy no son sino inercias costosas, etc. Para todos ellos sí fue el momento. La impunidad de las organizaciones estudiantiles, la de los sindicalizados y las de la aristocracia académico-administrativa también debería ser atacada con reformas inteligentes y, sobre todo, con la voluntad de los universitarios a quienes no les interesa beneficiarse de la confusión general (si existen).

"La Universidad juega limpio, con reglas claras", dijo Barnés, citando sin saberlo a Ignacio Chávez, que dijo, literalmente, lo mismo, dos meses antes de pagar su osadía con las atroces vejaciones (*no era el momento*) que sufrió a manos de porros patrocinados, empleados acomodaticios, estudiantes manipulados y profesores e investigadores tan indiferentes que José Gaos prefirió la renuncia a padecer la vergüenza de seguir siendo considerado parte del personal académico.

Por mi parte, creo que se impone apoyar al rector y colaborar a la reforma a la que ha convocado. Mi escepticismo se entusiasma ante las medidas de un rector que, por lo pronto, quiere una UNAM que debute en el siglo XXI con un poco de coherencia. Por lo pronto ha tenido la prudente iniciativa de reconocer abiertamente algo que, por demagogia, por interés, por prudencia política, o por buena conciencia, se pensaba imposible escuchar de un rector: que la educación universitaria es una posibilidad al alcance de todos, pero que no todos tienen esa posibilidad. Exactamente lo contrario a lo que piensa no la inteligencia de Cárdenas, pero sí sus ambiciones. ◀